



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9909

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 12 DE NOVIEMBRE DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorente, rue Oumartin, 61, y J. Jones; Hambourg Neumarkt, 31.

## M.<sup>e</sup> LEONIE BROUTIN Modista de Sombreros de París

Todos los días hasta fin de Noviembre.

### FONDA FRANCESA

#### MUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramientas agrícolas

Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantíos, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtidores, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amuebles, mueble atillísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

Todo en el MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

### MI VECINO.

Una de las pocas cosas que me sacan de mí mismo, es la idea que algunas personas tienen formada de lo que les rinde el tiempo á los demás.

Me refiero á los venturados que tienen por ocupaciones tomar el chocolate, dar cuerda á los relojes, enterarse de si la muchacha ha traído rábanos, asistir á la oficina, saborear eso que llaman café en los cafés y pedirnos billetes de favor para los teatros.

Estos tales no conciben que haya quien viva teniendo las horas tan recortadas que necesite sacudirse los pelos de encima.

Tienen además por artículo de fe que los periodistas viven en guerra perpetua.

Del teatro, á la inauguración con murga; del entierro con palafreneros de peluca, á la comila de gloria.

Y no se enteran de que no todo es orégano, aunque se lo prediquen conservadores ayunos. Y eso que gritan.

El vecino de al lado es uno de éstos, y apenas me encontré en la escalera el primer día que *cuadró* me tomó la palabra, como dice él, de la manera siguiente:

—Con que gusted es el vecino nuevo? Vaya hombre, no lo sabía.

—Me alegro mucho.

—Y es usted periodista ¿eh? Mire usted, á mí me gustan mucho los periodistas; yo también he escrito en periódicos; solamente que todo lo que les mandaba me lo variaban luego.

Y añadió cambiando de tono:

—Buena vida se pasará usted, amigo!

—No tanto como usted, por lo visto, porque está usted grueso.

—Sí, señor. Como que después de almorzar me quedo siempre dormido en la oficina.

—Por eso sin duda estaba usted hoy martillando en la pared de mi alcoba á las siete de la mañana!

—¡Ah, sí! Es que estaba poniendo una percha en donde colgar la camisa de dormir. Porque, mire usted, yo soy un hombre muy espaciel, muy raro, y uso camisa para dormir.

—Que sea enhorabuena.

—Y todos los días me levanto á las seis, en invierno y en verano; en cuanto me dan las siete, ya estoy afeitado, y he limpiado las jaulas de los jilgueros, y sacado á la calle el perrito, y ya estoy dispuesto á todo lo que se ocurra. En cambio, ustedes los periodistas no se levantan hasta las once...

—Ni nos acostamos hasta las cinco.

—Para eso se pasan ustedes la noche de *juerguita*... vamos á ver: ¿Dónde estuvo usted anoche? De jaleito ¿eh?

—Sí, señor—le contesté,—como si hubiera sido verdad.

Mi interlocutor me miró con cariño y me dijo tomándeme del brazo:

—Pero ¿qué hacemos aquí en la escalera? Vengase usted á mi casa y le enseñaré un *marco de castaño* que estoy haciendo.

—Muchas gracias—le dije—pero no puedo.

—Y luego me acompañará usted á tomar café á la horchatería de la carrera... hay allí una chica... ¿sabe usted?

—No sé nada.

—Pues, de *búten*. El otro día me llamó *renscaujo*. ¿No le parece á usted que tiene mucha gracia?

—Y más aún que gracia, justicia.

—Yo le di quince céntimos de propina por la salida... ande usted, verá usted que chicas.

—Con su permiso, hoy no acepto: tengo mucho que hacer.

—Y ¿qué tiene usted que hacer?

Pensé que mi buen vecino se metía á confesor, pero le contesté en serio:

—Pues mire usted: Escribir un artículo, corregir estas pruebas de otro, leer este libro y hacer el juicio de él.

—¡Bah! eso lo hace usted de dos patas. Vengase usted á la horchatería, hombre, que eso no corre prisa.

Desde luego, á él no le corría prisa alguna.

—Pero ¿no vé usted que luego se queda el trabajo sin hacer?

—¿Y eso qué importa?

—Mírele yo á la cara redonda y chata, y pensé que en el fondo tenía razón; pero lo malo era que yo no podía dejar de escribir y de leer todo aquello.

Dijesele tal como lo pensaba, exponiéndole punto por punto cómo tenía ocupado mi tiempo por las tardes, por las noches, á todas horas. El me contestó con lástima sincera:

—¿Como trabaja usted tanto, hombre?

—Porque tengo que ganar las tres pesetas diarias que gaste en comer,—le dije.

—¡Vaya por Dios! Pero un día es un día. ¡Aunque no trabaje usted hoy!

—Tendría mañana que trabajar el doble

—¿Y qué? Usted hace todo eso en un instante.

Y no hubo medio sino echarme por la escalera abajo en vista de que se pasaba el tiempo, y dejarle con la palabra en la boca.

Al día siguiente me lo volví á encontrar.

—¡Ayer se me escapó usted como un cohete! Alguna cita amorosa, ¿eh?

El buen hombre seguía creyendo que yo no tenía más ocupación que la de divertirme.

No le contesté nada, sin embargo, por no perder el tiempo y las razones. Entonces me dió una ostacada con el dedo índice en la boca del estómago, mientras me decía con aire de malicia:

—¡Pillín! ¡Será buena hembra!

Más adelante dió en la flor de venir á mi casa á hacerme un ratito de compañía. Sentábase á mi mesa de trabajo, sufranta de mí, y solía preguntarme:

¿Quiere usted venir esta noche al Oriental?

Tuve que advertir en mi casa que cuando viniese mi simpático vecino á preguntar por mí le respondieran invariablemente que yo acababa de salir.

—Pero, hombre, ¿dónde se mete usted?—suelo decirme cuando me encuentra—Usted debe tener algún lio gordol

Y añade sonriendo y no sin envidia.

—¡No abuse usted de los placeres!

PEDRO DE FONT.

### DE LUTO

Murió Juan y, á porfia,  
De luto rigores, el mismo día,  
Se vistieron al punto  
Los hijos, la mujer y hasta una tia,  
Que lo era en quinto grado del difunto.  
Solo mi madre, justo al dicho frío,  
Sin cuidarse del traje que llevaba,  
Murmuraba: «¡hijo mío!»  
Y el rígido cadáver abrazaba  
Derramando de lágrimas un río,  
En tanto que la vida,  
Alarde haciendo de su pena aguda,  
Para ofrecer al muerto más tributo,  
«Póngase usted de luto», le decía,  
Pues sin duda creía  
Que era el luto de su alma poco luto.

Del tiempo el rápido paso  
A los estudios de Julia prestó consuelo,  
Y los duró su duelo  
Lo que duró su luto... un año,  
A excepción de la vida divertida  
De quien profita y disfruta  
Aunque sea de luto su vestida,  
Como marca el ritual, juntos los años.  
Solo la madre aun llora  
Sin que logre la dicha bienhechora  
Robarla del dolor su negra palma;  
Solo ella al que murió rinde tributo;  
Solo ella, que no sabe luto  
Vestida siempre el alba!

CARLOS CAMO.

### TIJERETAZOS

Una noticia de «El Tiempo»:  
El señor Gobernador ha mandado á la imprenta del zentro Real un 500 pesetas, porque no tenía reservado para su autoridad el palco de orden que por reglamento le corresponde.  
La imprenta del zentro Real, según nos dicen, no había reservado este palco, porque estaba ya abonado por empresarios anteriores. A causa, sin duda, de que ningún Gobernador había hecho nunca uso de ese palco, de que el antiguo señor duque de Tamames no se había acordado hasta la fecha.  
Eso es lo que á cada una le ha pasado de atravesar.

### EL HILO DEL DESTINO.

29

Salieron de Sevilla, porque los gastos del joven calavera habían desmoronado un caudal que hubiera bastado para satisfacer todas las necesidades de una larga vida, y se establecieron en una de sus haciendas á dos leguas de la ciudad.

Los años pasaron de esta suerte; viviendo el uno para el otro, sin que un sinsabor estorbase la dicha que habían conquistado.

El nacimiento de Julian fue un nuevo lazo para la estrecha unión de los esposos, y Mendoza, esposo y padre, se consideraba á cubierto de toda desgracia; cuando hacia aquella época renovaron sus relaciones los olvidados y despreciados amigos, uno de ellos, uno más amigo que los demás, solicitando no ya la mano del joven calavera, sino la estimación del padre de familia.

El noble Mendoza se la concedió, y á este, Teresa le admitió como al hijo de su Antonio; y el marqués de Valdehara se estableció en su querido hogar, en la hacienda de su propiedad.

Hacia aquel tiempo, negocios pertenecientes á sus haciendas, obligaron á Mendoza á abandonar su hogar y volver á su ciudad.

El estado delicado de Teresa, gravísima, muy contra su voluntad, á permanecer separada de su

### 28 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

da por su entendimiento y su corazón, guió á Mendoza como á un cordero, á la senda misma que le habían á ella enseñado á seguir.

Le amó con todo su corazón.

Con toda la fuerza de la juventud.

Con toda la abnegación de mujer.

Y al amarle conoció su valor.

Se lo hizo comprender; le mostró el precio del bien: su belleza; le enseñó á sentir como ella sentía; le comunicó sus sensaciones, sus pensamientos: le hizo semejante á ella; y á Antonio le repugnó su pasada vida.

Le repugnaron los compañeros que le habían acompañado en sus excessos.

Y conociendo ya todo el valor del estado en que se hallaba, un estado tranquilo; dulce, delicioso, lleno de los más gratos halagos, temió perderlo, y quiso para siempre asegurarlo, volviéndose con la mujer á quien debía su felicidad.

¡Oh cuán grande debió ser ya su virtud, si pudo resistir á las seducciones de sus antiguos camaradas, que lo inducían á volver á la pasada vida!

¡Que lo fascinaban á veces con sus miradas, con sus halagos, con la más atrayente seducción! pero Antonio se resistió y rechazó la perla.  
Teresa fue su esposa, y aseguró por completo su dicha.

### EL HILO DEL DESTINO.

28

Al fin se acobgó la pobre paciente, y volvió á tomar la palabra:

—He dormido, y he soñado, hijos míos, sueños dulces y placenteros. No han sido hoy los delirios horribles que siempre visitan mi fantasma. Mis visiones han sido consoladoras. Dios ha derramado la luz benéfica de su misericordia sobre mi cabeza; y, años ha, que no he sido dichosa, como cuando yo, He visto á mi Antonio... él se me aparece tan doloroso, que estas palabras me pesan en el corazón, de sus huérfanos hijos... ¡Dios me libre de él!... Al cielo no van los criminales. Mi Antonio murió inocente.

Esto dijo, con la expresión de la certeza de desesperación en su semblante, se cubrió el rostro con las manos y volvió con la mayor angustia.

Sus hijos le miraban llevar con los ojos arrasados de lágrimas.  
Sabían la triste historia de su padre.  
Sabían su criminalidad.

Sabían en su desconsuelo, referidos mil veces por distintas personas, aun cuando jamás por su madre que nunca aludía al tiempo pasado, que tan desgraciada la había hecho; y al oír la expresarse bajo el acedido que se expresó en aquel momento, concibió una gran pena, y que la pobre producía el más horrible delirio.